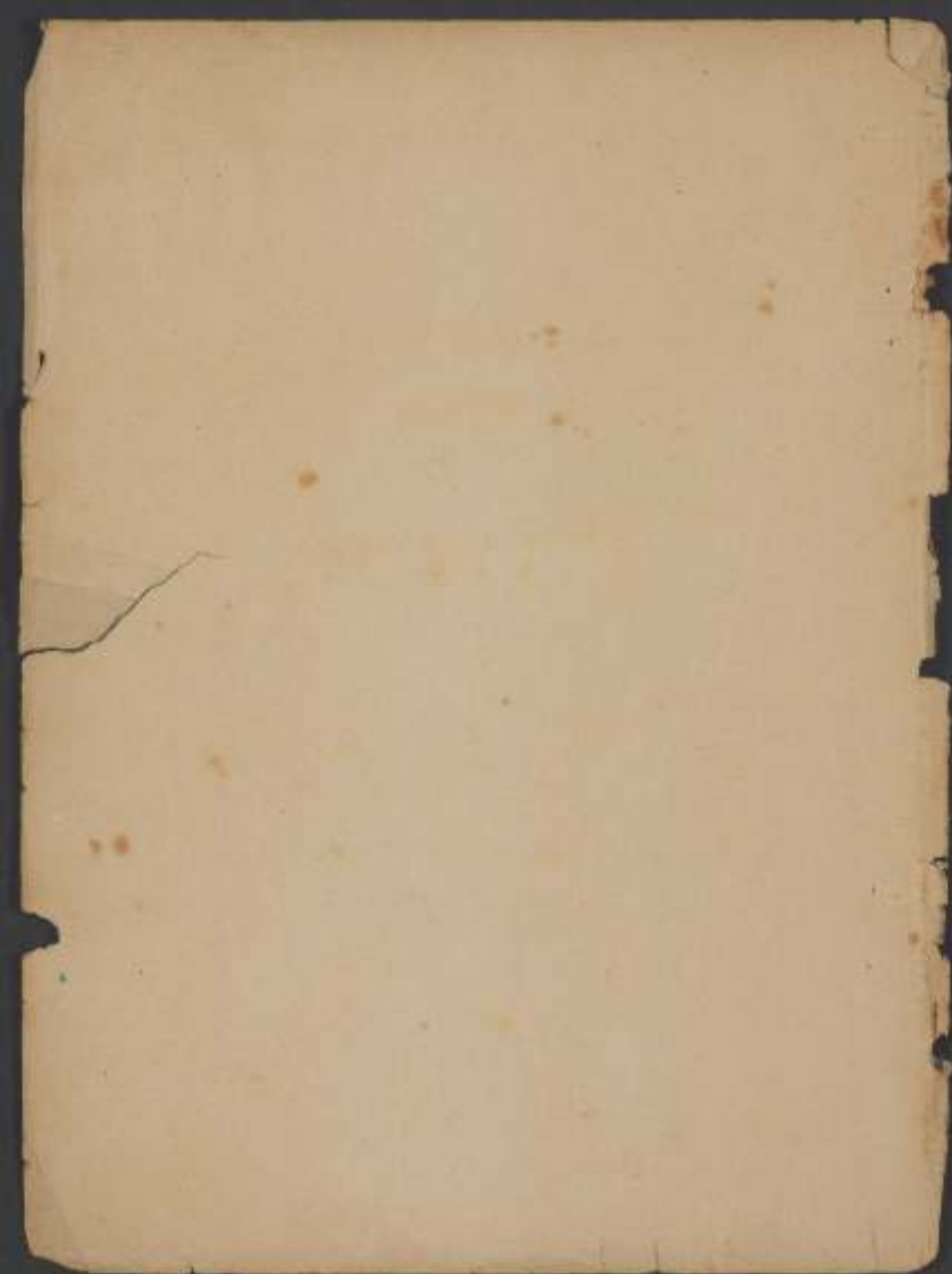


CUATRO DE INFANTERIA

(FRENTE OCCIDENTAL
1918)



EDICIONES
BISTAGNE



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Dirección: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 15551 - BARCELONA

Cuatro de infantería (Frente occidental 1918)

Conmovedor asunto de la guerra, contra la guerra,
de grandioso éxito

Es un film sonoro TOBIS
100/100

Distribuido por
FEBRER Y BLAY
Pasaje de la Paz, 8
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

<i>Otto, el bávaro</i>	FRITZ KAMPERS
<i>Carlos</i>	GUSTAV DIESSL
<i>El Esudlante</i>	HANS IOACHIM MOEBIS
<i>El teniente Richser</i> . . .	CLAUS CLAUSEN

Y GUSTAV PÖTTIG, JACKIE MONNIE, HANNA HOESSIGEL,
ELSE HELLER, CARL BALLHAUS



...había uno al que todos llama-
ban el Detallante.



Era un hombre de estatura gris
y firme...



— ¡No le voyas!



Al ver que la armazón
cruía y las paredes se
doblaba...



— Ve en aquella dirección...



... y la encuentre cerrado...



...y sacaba, ya con cara de satisfacción, una cosa negra y redonda...



Se incorporó, mejoró bien la distancia...



... y el embudo cayó dejando el descubierta su pecho...



En el rostro de la infeliz se acentuaban los efectos de una noche de sufrimiento.



Se habilitó para hospital una iglesia en ruinas.



Se casa voló en ruinas.



Ota había muerto ya.



Carlos estaba a punto de morir.



... varios cirujanos intervienen al mismo tiempo...



— ¡Ejem! ¡gotas de angina.

CUATRO DE INFANTERÍA
(FRENTE OCCIDENTAL 1918)

PSYCHICA LA REPRODUCCION

Cuatro de infantería

(Frente occidental 1918)

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

El frente occidental durante la Guerra Europea, en 1918, es decir, del año en que terminó el drama.

Habían llegado los alemanes hasta muy adentro del territorio francés. ¿Creían que iban a la victoria? ¿Esperaban el fracaso? No confiaban en una cosa ni en otra. No pensaban en ello. Allí sólo un pensamiento dominaba a los soldados: el de sufrir en una continua espera de la muerte. Y lo

mismo sucedía al otro lado del campo de batalla. El brillante patriotismo de trompas, tambores y sables refulgentes se había quedado en la ciudad. Ahora el resonar de los clarines se había convertido en grito de dolor y el pomposo desfile en una marcha gatuna a ras del suelo, entre el barro o el polvo, a través de las alambradas o de una nube de gases asfixiantes.

No, nadie pensaba allí en la victoria ni en el fracaso. Sabían que

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

era preciso luchar y luchaban, que era preciso matar y mataban, que era preciso morir y morían. Acostumbrados a la tragedia después de cuatro años de masticarla a todas horas, ya no se conmovían ante el correr de la sangre ni el silbar de los proyectiles. Habían llegado a imaginarse que la vida era eso y que no existía otra mejor y procuraban sacar de ella el mejor partido posible.

Y así, bajo el albedo de las granadas que tendían sobre ellos una cortina mortal, aprovechaban los momentos de descanso jugando a las cartas, cantando y bailando, o haciendo el amor a las aldeanas que se habían atrevido a quedarse a defender sus propiedades hasta el último momento.

En una de esas aldeas del territorio francés, cuando Foch hizo aquella famosa retirada que dejó llegar al enemigo hasta casi París, había una de esas heroínas que no había querido abandonar su casa ni siquiera cuando los alemanes entraron en ella.

Se llamaba Jacqueline y era una muchacha llena de gracia y trave-

sura. Sólo así pudo soportar el angustioso problema que se le vino encima cuando los franceses evacuaron la aldea, advirtiéndole que el enemigo no tardaría más de veinticuatro horas en tomarla.

Ella tenía un padre imposibilitado y viejo, y aquella casita, aquella pequeña granja que hasta entonces le había producido para vivir. No tenía más. ¿Cómo podría abandonar lo único que poseía? ¿Adónde iba a ir con su tullido padre?...

Se quedó allí. Abrazada al pobre viejo, esperó la llegada del enemigo. Y vió con sorpresa que el enemigo no les hacía nada malo. Únicamente les pedía alojamiento como habían hecho los franceses. No halló ninguna diferencia entre los de un bando y los de otro, aparte las dificultades que encontraba para entenderse con los alemanes. Ellos no sabían francés y ella no sabía alemán.

Las mismas habitaciones que antes sirvieron a los franceses fueron ocupadas ahora por los alemanes. Y el mismo trato que recibió antes de sus compatriotas, re-

cibía ahora de los... no, ya no podía llamarles enemigos.

Entre los huéspedes había uno al que todos llamaban el Estudiante. Era un muchacho que había dejado la Universidad para marchar al campo de batalla.

El Estudiante había simpatizado desde el primer momento con Jacqueline. Había en los ojos azules del muchacho una encantadora inocencia que contrastaba con los ojos vivos y oscuros de la francesa. Acaso este contraste fue la causa principal de semejante simpatía.

Mientras se construían las trincheras y los refugios subterráneos pasaron los alemanes en casa de Jacqueline unos días encantadores, si bien turbados de vez en cuando por el bombardeo de un avión o por las granadas que desde el campamento francés enviaban las piezas de artillería.

Había entre los huéspedes un soldado de buen humor a prueba de bomba... y pocas veces puede emplearse esta frase con tanta propiedad.

La guerra no había logrado ha-

cerle adelgazar y tenía siempre en jaque a la cocina de Jacqueline, la cual se volvía loca preguntándose cómo sería posible que los panes disminuyeran de la noche a la mañana.

Cuando estaba jugando a las cartas, ya podían caer las bombas a montones. No soltaba los naipes por nada del mundo e impedía a todo trance que sus compañeros los dejaran, especialmente si iba ganando.

Llamábase Otto y conocía los trucos de la guerra como el actor veterano conoce los de las tablas. En eso de pelear era gato viejo. Y ya podían suceder a su alrededor las mayores calamidades, que él no se emocionaba lo más mínimo.

Sin embargo, cuando se trataba de un amigo íntimo, como por ejemplo el Estudiante, aquella especie de atrofia sentimental desaparecía y no vacilaba en jugarse la vida para defenderle.

Otro huésped, Carlos. Era, entre todos, el que menos se había abandonado a ese descuido de la propia persona que impone la guerra y ningún día le faltaba agua

para lavarse, a menos que estuviera en las trincheras donde a veces faltaba hasta para beber.

Carlos era un muchacho noble y valeroso. Ni una sola vez se había visto en su semblante la más leve manifestación de temor. En el fondo de su alma, comenzaba a decirse que la guerra era inútil, estúpida y bárbara, pero no exponía estas consideraciones que habrían podido aumentar la tristeza de sus compañeros.

Nadie diría que la casa de Jacqueline se hallaba en un punto estratégico del campo de batalla, ofreciendo un blanco tentador a la artillería enemiga. La alegría de los jóvenes huéspedes desbordada en aquellos días de tregua, daba la sensación de que un grupo de excursiones se había detenido allí para continuar días después su alegre viaje.

No había camas, ni siquiera colchones, para todos, pero ellos comparaban aquella casa con las trincheras y creían encontrarse en el Ritz.

Se pasaban el día en constante algazara, separados por grupos

que elegían cada uno el medio de diversión que más les gustaba. y Jacqueline sabía que si de algún corrillo salían de vez en cuando grandes carcajadas, no debía acercarse a él, pues era prueba de que allí se contaban cuentos y anécdotas que una muchacha soltera no debía oír.

Otros se entretenían en juegos familiares y otros cantaban, bailaban y hacían música con instrumentos contruidos con los materiales encontrados en la granja y sus alrededores y que, naturalmente, no se parecían en nada a los pianos Erard ni a los violines Stradivarius.

Este grupo era siempre el preferido por Jacqueline y con él solía mezclarse cuando no tenía ningún trabajo urgente, para bailar y cantar con los soldados.

Naturalmente, todos estaban casi enamorados de Jacqueline. Llevaban muchos meses aislados por completo de la vida normal, de esa vida donde la mujer, elemento indispensable en el vivir del hombre, no faltaba. Y he aquí que ahora, después de meses y meses

de avance lento y penoso por la tierra desolada, herida por las bombas y regada por la sangre, se encontraban con una joven llena de tentadores atractivos. Si héroe había que ser para lanzarse a los aludes de fuego y a los torrentes de proyectiles, el verdadero heroísmo lo estaban demostrando ahora adoptando una actitud relativamente caballeresca ante aquella tentadora flor de carne.

Algún brazo se desmandaba y buscaba los hombros de Jacqueline, pero cuando ella protestaba, el brazo se retiraba en seguida. Nunca se enfadaba Jacqueline. ¿Qué mujer se enfadaría con un rco de muerte? Pues eso eran para la muchacha aquellos alegres jóvenes, condenados a la última pena, cuya ejecución se realizaría de un momento a otro, cuando salieran a las trincheras.

Nada le pagaban aquellos huéspedes porque nada tenían, pero eso no impedía que Jacqueline les diera todo cuanto producía la ya mutilada granja. Ellos, en pago, la ayudaban en las tareas caseras, de modo que Jacqueline sólo tenía

que preocuparse de prepararles la comida... y la llamamos comida porque de algún modo hemos de llamarla.

A todos atendía Jacqueline con la misma tolerancia maternal. Sólo uno podía considerarse privilegiado en este sentido y ése era el Estudiante.

Se los veía frecuentemente juntos por los alrededores de la granja buscando leña para el fuego o agua para las tareas culinarias.

Pero Otto había sabido penetrar como ninguno en aquella cuestión y decía que la leña no era para el fuego de la cocina sino para otro fuego que comenzaba a prender en la pareja.

Y así se desenvolvía la vida en la granja de Jacqueline cuando un día, después de tres o cuatro de descanso, el sol apareció nublado por densas cortinas de humo. Se oían los disparos con insistencia alarmante y abundancia que no presagiaba nada bueno.

Era que había llegado la hora de abandonar el oasis para continuar avanzando a través del fatal desierto de la guerra.

II

La primera tarea que había emprendido el alegre Otto fué la de buscar tres compañeros para el tute y llevárselos al sótano de la casa para jugarse el dinero que habían de ganar cuando se terminara la guerra.

Entretanto, Carlos se enfrascaba en el asco de su persona y el Estudiante se ocupaba de sacar agua del pozo.

El resto de la fuerza esperaba el desayuno en torno a la mesa del comedor, en tanto Jacqueline lo preparaba en la cocina, cerca de su anciano padre que, con su sillón de ruedas, buscaba la proximidad del fuego.

Se desesperaban los comensales y, como en el cine cuando se retrasa la proyección, golpeaban todos a un tiempo el suelo con los pies y la mesa con las manos.

Al fin apareció Jacqueline con el desayuno y se restableció la calma. Como cada uno tenía ya su taza delante, pues este trabajo lo realizaban ellos mismos, Jacqueline no tuvo más que repartir por ellas el contenido de la cafetera.

Parecía lo natural que el contenido de la cafetera fuera café. Sin embargo, había ciertas dudas sobre las cualidades de aquel líquido que se parecía, por el color, al agua que corre por las calzadas de

C U A T R O D E I N F A N T E R I A

las vías públicas de las ciudades cuando llueve.

—¿Esto qué es, Jacqueline?— preguntó uno de los soldados, con aquella mezcla de francés y alemán que para la joven resultaba ya perfectamente comprensible.

—Café.

—Ese es el título nobiliario, pero te pregunto el nombre de pila.

—Está sin bautizar.

—Pues lo que es agua no le falta.

—¿Te has creído que estás en el Carlton?

—No te enfades, Jacqueline. Preguntaba sólo por curiosidad. Nunca me ha gustado echarme al cuerpo cosas sin conocer su fe de bautismo.

—Pues yo no la sé: no he estudiado química.

—Bueno, sea lo que Dios quiera—dijo el soldado volcando en su boca el contenido de la taza.

Después se puso en pie.

—¡Ya!—gritó.

Todos se le quedaron mirando con asombro. ¿Se habría envenenado?

—¡Ya sé lo que es! ¡Ya sé lo que Jacqueline ha echado en la cafetera! No os asustéis, amigos míos. Bebed sin desconfianza. No puede sentaros mal porque se trata de un alimento ligerísimo: agua caliente.

—¡Oh! ¡Bravo!—dijo otro—. Yo me he lavado las manos muchas veces, pero tengo bastante descuidado el aseo estomacal. A falta de jabón, nada mejor que el agua caliente.

—Es que Jacquelinar está en todo—dijo un tercero.

Y otro se levantó con la taza en la mano.

—Señores, brindemos por la sin par Jacqueline.

Brindaron y bebieron. Después todos quisieron demostrarle su gratitud y veinte brazos se tendieron ávidamente hacia la joven, que tuvo que pedir socorro al Estudiante, el cual entraba en el comedor en aquel momento.

El Estudiante la condujo a la cocina y allí Jacqueline le demostró su preferencia dándole un desayuno especial consistente en achicoria hervida y una rebanada de

pan que sólo contaba con una semana de vida.

De pronto se oyó un silbido e inmediatamente un estampido atronador.

—Son los buenos días que nos dan los franceses—dijo un soldado.

Y como las granadas estallaban demasiado cerca para que ellos permanecieran allí sin exponer la vida, se dió la voz de "¡A los sótanos!" y, como de costumbre cuando tal cosa ocurría, lo primero que hicieron los soldados fué bajar en brazos al anciano padre de Jacqueline. En menos de medio minuto quedaron vacías las habitaciones superiores.

En los estrechos y sombríos departamentos del sótano, sólo se oía el jadeo de las respiraciones humanas y el silbido de los obuses que pasaban a ras del tejado para estallar en los alrededores de la granja.

De vez en cuando la voz de Otto rompía el angustiado silencio:

—¡Juega el caballo, animal!

Y en un rincón, aislados de todos, Jacqueline se abrazaba fuertemente al cuello del Estudiante, el cual casi daba gracias a Dios de que ocurriera lo que estaba ocurriendo, ya que así podía sentir en torno a su cuello la caricia de los cálidos brazos de Jacqueline.

El bombardeo duró un cuarto de hora y cuando ya se disponían los refugiados a volver a las habitaciones superiores de la casa, oyeron el clamor metálico de una corneta.

Se hizo después un silencio de muerte entre los huéspedes de Jacqueline.

—Es la orden de formar—dijo una voz en tono de lamento.

Y todos se miraron con un gesto que, sin ser de cobardía, era de angustia.

Habían terminado aquella especie de vacaciones. Otra vez a las trincheras a tragar polvo y fuego, a no dormir y a no comer...

—¡Maldita sea!—exclamó Otto—. ¡Ahora que tenía tate de reyes!...

III

El teniente Richser se deshacía dando órdenes. Era un hombre de mirada gris y firme, de ademanes enérgicos y alta y delgada figura. Una especie de genio de la guerra. La exaltación del heroísmo se traslucía en el fondo de sus ojos grises y aquella boca parecía sólo creada para lanzar gritos de guerra.

Erguido en medio de la plaza presenciaba, impertérrito, el desfile de soldados que salían de todas partes para formar las filas. Los veía pasar ante él bajo el peso de los cascos, de las armas y de las mochilas. Veía el gesto de pena y de hastío que se reflejaba en sus semblantes. Pero el teniente

Richser no se conmovía. Parecía una estatua de acero erguido en medio de aquella plaza llena de clamores de guerra y de angustia.

Ya estaban todos formados. Carlos, Otto y el resto de los huéspedes de Jacqueline. Pero faltaba uno: el Estudiante.

—¿Dónde se habrá metido ese demonio?—preguntaba Carlos.

—Está despidiéndose de Jacqueline—repuso Otto—. No lo he visto, pero me lo figuro.

—¿Ese estúpido se va a retrasar!

—¿Si tuviera tiempo de ir a llamarle!...

—No hay tiempo para nada. En efecto, el Estudiante estaba

retenido por los brazos de Jacqueline.

Por primera vez se había cruzado entre ellos la palabra amor. Y había sido como la explosión de una granada que, en vez de cascotes, tuviera perfumes de rosa.

—¡No te vayas, no te vayas!— suplicaba Jacqueline—. Yo no quiero que vayas a las trincheras donde sólo encontrarás la angustia y la muerte. Yo... yo... ¡yo te amo, mon enfant!

—Y yo también, Jacqueline. Te quiero tanto que he aprendido a querer a Francia... ¡Guerra estúpida! ¿Por qué se nos hace combatir si todos somos iguales y todos nos estimamos? ¿Por qué ese empeño en hacer que brote el odio donde sólo hay amor? ¡Maldita sea la guerra, Jacqueline, que quiere separarnos!

—¡No te vayas!

—¡No hay más remedio, querida! Dirían que soy un cobarde, un

desertor... Y no podría ser nunca digno de ti. Déjame marchar. Volveré. Meses enteros he estado huyendo de las balas. Dios querrá que siga teniendo suerte ahora y volveré a buscarte. Algún día acabará esta locura, algún día triunfarán, no los tuyos ni los míos, sino el arrepentimiento y el amor. ¡Adiós, amada mía! Mis amigos me esperan. Enviame desde aquí tus pensamientos, que yo los recogeré allá en las trincheras para hacerme con ellos una coraza protectora.

Se besaron con frenesí. Fue un beso que hacía inútiles todas las promesas y todos los juramentos de amor.

Una joven francesa quedó sollozando en los sótanos sombríos de una casa de aldea.

Un joven alemán cruzó velozmente la plaza y se unió a las filas que mandaba el teniente Richser, en el preciso instante en que la tropa se ponía en marcha...

Llegaron a las trincheras. No habían estado nunca allí; pero les parecía hallarse en su propia casa.

Aquella trinchera, aquella zanja que cruzaba una gran extensión de campo, con refugios de trecho en trecho, era lo que habían estado viendo desde que ingresaron en las filas de combate. Todas eran iguales, todas tenían aquel color pardo de tierra inferunda y en todas, de trecho en trecho, se veía un hueco rectangular, a veces enmarcado con troncos, que era la puerta del refugio.

—Ya estamos en danza otra vez—dijo Carlos.

—Y que parece que la cosa va de veras—comentó el Estudiante.

—El teniente Richser no para de fumar. Y cuando nuestro amigo fuma mucho es que aquí no va a dormir nadie en una semana entera. ¡Si al menos nos dejaran jugar al tute!

Naturalmente, el que así había hablado era el alegre Otto, el cual no perdía el buen humor ni la pasión por los naipes ni siquiera cuando estaba en las trincheras.

Era el atardecer y el campo aparecía inundado de una niebla gris y pesada que hacía más triste el paisaje. No cesaban los disparos del campo enemigo y las balas de los fusiles pasaban silbando sobre las trincheras. Algunos héroes habían avanzado hasta muy cerca y les enviaban el fuego continuo de las ametralladoras y de las bombas de mano.

Pero eso no sorprendió a nadie entre los soldados del teniente Richser. Siempre había algunos exultados que experimentaban un loco placer jugándose la vida.

El teniente Richser, dió orden de que se quedaran unos cuantos en pie para neutralizar el esfuerzo del puñado de héroes, marchán-

dose los demás a dormir por si a media noche tenían que levantarse.

La orden corrió de boca en boca a lo largo de la zanja y todos se fueron retirando a los refugios, excepto dos docenas de soldados que, distanciados cosa de diez metros unos de otros, comenzaron a lanzar bombas de mano, semejantes a armas arrojadizas, y a disparar sus fusiles.

—Esta es la música con que van a arrullar nuestro sueño—dijo Otto con sarcasmo al mismo tiempo que entraba en el refugio precedido de Carlos y seguido del Estudiante.

Era aquel recinto subterráneo una estrecha pieza cuyas paredes aparecían protegidas por filas de troncos así como el techo, dando la sensación de un trozo de galería minera.

A un lado y a otro, se veían tres filas de literas sobrepuestas. Estos angostos lechos eran de troncos también y no tenían más ropa que la de una delgada colchoneta y una manta.

Los soldados comenzaron a

acostarse, después de dejar los fusiles al pie de las literas y los correajes colgados de los salientes de los troncos.

Se respiraba allí una atmósfera enrarecida que pronto sería casi irrespirable, pues al polvo que penetraba con una pequeña cantidad de oxígeno por la angosta puertecilla, se sumaría el vaho de las respiraciones.

Como de costumbre, Otto fué el último en acostarse. Se quitó todo cuanto llevaba encima, menos el uniforme y, como su litera estaba en el centro, molestó al de abajo y al de arriba al subir, arrancando protestas de los dos, y las protestas de éstos originaron las de todos los demás, que tenían prisa por dormirse.

—¡Silencio!

—¡Que no estamos en el café, señores!

—¡Qué más quisieras tú!

Pero la fatiga, después de la dura jornada, les rendía y pronto se restableció la calma.

Era un placer poder estar inmóvil, aunque fuera en aquella mise-

rable covacha, después de varias horas de camino a campo traviesa. El hombre no había de soportar el peso del fusil. La espalda estaba libre de la mochila. Los hinchados pies, aunque dentro de las botas, no tenían que sostener el peso del cuerpo.

Verdaderamente, estando así, bastaba un pequeño esfuerzo para convertir en música deliciosa el fragor del ambiente.

Pero, de pronto, se oyó una voz que decía imperativamente desde la puertecilla del refugio:

—¡Todo el mundo arriba!

IV

Se oyó el mismo grito en la puerta del refugio más próximo y se fué repitiendo a lo largo de la trinchera, hasta perderse.

Por los bordes de las literas asomaban cabezas que, arrancadas tan bruscamente de los primeros placeres del sueño, miraban con estúpida fijez, sin comprender la orden ni lo que ésta significaba.

Después de una larga jornada de dura marcha por la áspera campiña, se les concedía tres o cuatro minutos de descanso. Hubiera sido cien veces preferible que no les permitieran gustar las delicias de las literas. Aquello representaba una burla tan crucata como darle

una gota de agua a un hombre que se moría de sed.

Poco a poco los cerebros habían recobrado sus facultades y comprendieron perfectamente lo que ocurría: el enemigo atacaba inopinadamente.

En efecto, llegaba de arriba un ruido infernal, como de mil ametralladoras que funcionaran al mismo tiempo.

—¡Vaya! — exclamó Otto—. Esos francesitos se han empeñado en no dejarnos dormir. ¡Así les dieran un litro de agua de Carabaña a cada uno!

El soldado encargado de dar le

orden volvió a pasar, ahora en dirección contraria.

El grito dado a la puerta de los refugios se iba acercando hasta que llegó a la puerta de aquél.

—¡Arriba! ¡Ataque impetuoso del enemigo!

Bien dictada estaba aquella orden. El primer grito era para despabilarles; el segundo para darles a comprender la gravedad de la situación.

Se retiraron las cabezas de las literas y asomaron los pies.

Se oía el ruido que las duras botas producían al chocar con el suelo y ayes y resoplidos de los que tenían los pies más hinchados. Para éstos representaba una dura prueba el tener que dar un paso después de haber dejado que los pies se enfriaran.

Pero no había tiempo que perder. Si se retrasaban, tanto peor para ellos, pues el enemigo podía asaltar las trincheras y no dejar uno vivo.

Comenzaron a salir los soldados poniéndose el correaje. De los montones de bombas de mano que había a la puerta de cada refugio,

cogían un puñado y las dejaban a sus pies, en el punto de las trincheras donde se situaban.

El Estudiante fue uno de los primeros en salir y en replicar al nutrido fuego del enemigo.

Carlos había salido con él, pero no se movió de la puerta. Otto acababa de saltar de la litera y su exceso de carne podría ocasionarle un retraso perjudicial.

Ya habían salido todos y aun estaba Otto dentro del refugio.

Carlos asomó la cabeza y vio que con él estaba otro soldado. Los dos parecían buscar algo que no encontraban.

—Pero ¿qué os pasa?

—Que no encuentro mi correa-
je.

La situación era comprometida. Ya estaban todos en sus puestos y comenzaba la revisión de los rezagados, para apuntarlos en la lista negra. Los de esta lista eran después los que desempeñaban los más duros deberes de la guerra. Trabajaban más y descansaban menos. Era preferible cometer un delito en la paz que una ligera falta en la guerra.

Sin embargo, Otto no podía salir del refugio sin el correa. Eso equivalía a una falta mayor.

A todo esto, llovían los proyectiles, los obuses y las bombas de mano.

Era preciso jugarse furiosamente la vida si no querían perderla de otra forma menos gloriosa.

Se quedó Carlos cerca de la puerta del refugio para avisar a Otto y a su compañero cuando llegara el encargado de la revisión, con lo que sus compañeros podrían esconderse, y desde allí comenzó a enfrascarse en la batalla.

Las balas pasaban rozando los cascos o tropezaban con el borde de la zanja, arrancando terrones de tierra. No tardaron en oírse los primeros ayes. Algunas bombas, arrojadas con acierto, caían en el interior de la zanja y los soldados que estaban cerca daban entonces extraños saltos y caían al suelo pesadamente. Algunos volvían a levantarse y, con las manos en la herida, iban en busca del botiquín de urgencia; otros no volvían a levantarse ni a hacer ningún movimiento; otros,

en fin, lanzaban gritos de dolor, reclamando la piedad de alguien que les arrastrara al refugio-enfermería.

Algunas veces, esto era posible, pero otras los compañeros que les rodeaban no podían abandonar un momento el fusil ni las bombas de mano, porque algún hoyo próximo se había convertido en algo semejante a la boca mortífera de un volcán y era preciso contener la erupción con las bombas de mano.

Los disparos de la artillería caían cada vez más cerca. Sin duda, la retaguardia recibía datos continuos sobre la posición exacta de las trincheras. Y algunas de aquellas formidables granadas estallaban en el interior de la zanja, volando sus paredes que quedaban convertidas en un montón de tierra.

—¡Gases!—dijo una voz.

Y por un segundo cesó el fuego. Era que las manos se ocupaban en la colocación de las caretas protectoras.

Los sucesos se desarrollaban con tremenda imprevisión y rapi-

dez, y, entretanto, Otto buscaba inútilmente su correaje.

Entró un tercero en el refugio buscando también algo que se le había perdido, y entonces aconteció algo espantoso.

Cayó un obús precisamente encima del refugio y toda la armazón de troncos crujió y se descoyuntó amenazando venirse abajo.

La puerta quedó obstruida, pero, en cambio, se abrió en la techumbre un boquete cónico.

Como una lluvia, cayó sobre la cabeza de Carlos la tierra levantada por la explosión y, al volverse y ver la puerta del refugio obstruida, se dió cuenta del peligro en que se hallaban sus compañeros.

Trepó por el montón de tierra y asomó la cabeza por el boquete.

—¡Otto! ¡Otto! ¿Estás vivo?

—De milagro. Pero si no nos sacáis pronto de aquí no doy ni diez céntimos por mi vida.

—¡Apuntalad el techo, que se hunde!

Usaron para ello los fusiles, pero pronto pudieron advertir que éstos eran insuficientes y tuvieron

que reforzar el apoyo con sus propias cabezas.

¡Pero cómo pesaba aquello, demonio! A Otto, que era el más resistente, se le doblaban las piernas, y tal dolor le producía aquel peso enorme sobre la cabeza, que sus ojos se desorbitaban y se quebraba su boca en una mueca de espanto.

Carlos luchaba por agrandar el boquete. Algunos soldados habían arudido en su ayuda y, las manos convertidas en zarpas, arañaban furiosamente la tierra.

Por fin cupo por el boquete el cuerpo de un hombre y un soldado se introdujo por él de cabeza hasta la cintura, mientras los de fuera lo sujetaban por los pies.

—¡Ya he pescado uno! ¡Arriba!

Y los de fuera tiraron de sus pies. Pero era el peso de dos hombres el que tenían que arrastrar cuesta arriba y la tierra blanda ofrecía a sus pies un punto de apoyo demasiado débil.

Esto hizo extraordinariamente penosa la tarea, pero, por fin, apareció la nucha del que se había me-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tido de cabeza por el boquete.

Este gritó:

—¡Cogello a él, que se me escapa!

Y cuando ya lo tenían bien sujeto, otra granada cayó sobre el refugio y los troncos volvieron a crujir y los salvadores experimentaron una violenta sacudida.

Uno de éstos quedó fuera de combate y los otros dos, entre los que se contaba Carlos, se admiraron de no haber sufrido más daño que el de tener la boca y los ojos llenos de tierra.

El boquete era ahora más grande, pero también era más difícil la situación de los de dentro.

Un trozo de pared se había venido abajo y el que estuviera a punto de salvarse quedó en el suelo aplastado por los troncos.

La cabeza de Otto no podía ya resistir el peso tremendo de la techumbre, que parecía aumentar a cada segundo. Además, por entre los resquicios de los descoyuntados troncos caían chorros de tierra que eran para ellos una ducha mortal, ya que impedían que el poco oxígeno que quedaba en el in-

terior del refugio llegara a las bocas que se abrían desesperadamente.

—Es inútil—dijo el compañero de Carlos—. No podemos hacer nada.

—Sí que podemos hacer. Es preciso. Apuntálate en el fusil y cógeme de las piernas.

El compañero obedeció y Carlos introdujo medio cuerpo por el boquete.

Cogió a Otto por los sobacos y gritó:

—¡Arriba!

Lo más penoso fue lograr que la cabeza de Carlos llegara al exterior. Pero una vez conseguido esto, las manos de Otto se asieron a los bordes del boquete y el esfuerzo de los tres fue tan desesperado, que cuando una tercera granada que cayó cerca produjo el efecto de un terremoto y el refugio acabó de hundirse, ya estaba Otto a salvo.

Pero sus dos compañeros quedaron enterrados bajo lo que antes era refugio y ahora era sepultura.

V

No quedaba ya una ametralladora enfrente de la malparada trinchera, no se lanzaban contra ellos bombas de mano ni se disparaban fusiles.

La vanguardia, por lo visto, estaba formada por un montón de voluntarios que tuvieron el capricho de jugarse la vida.

Sin embargo, el fuego de artillería continuaba.

La noche había cerrado. Por lo visto era preciso pasarla en vela. El teniente Fichser no se explicaba bien aquella insistencia del enemigo en bombardear sus trincheras, cuando la artillería alemana

estaba muy lejos de allí, hacia el sudeste.

La artillería germana había proyectado no cesar en su bombardeo en toda la noche. Por eso le parecía al teniente Fichser lo más natural, que los bravos franceses respondieran a los que les atacaban, es decir, a la fuerza de artillería para contrarrestar su acción destructora.

Sin embargo, he aquí que elegían para el bombardeo aquellas trincheras que no significaban para ellos ningún peligro.

El teniente Fichser fumaba continuamente. Varias veces había

tratado de comunicar con la artillería alemana, pero nadie respondía. Sin duda, la línea telefónica estaba cortada. Llamó a los compañeros de la vanguardia y tampoco le contestaron. Tuvo una inspiración repentina, y asomándose a la puerta del refugio, lanzó a la oscuridad de la noche la orden siguiente:

—A ver, uno: que me traiga un trozo de granada de artillería.

Como los obuses habían caído en abundancia, se pudo encontrar en seguida, no uno, sino varios trozos que fueron entregados inmediatamente al teniente Fichser.

Apenas los examinó éste, exclamó:

—¡Me lo figuraba! Es nuestra propia artillería la que nos está bombardeando... ¡Maldita sea!... ¡Y las líneas telefónicas están rotas! ¡No podemos ayuárlas! ¡Nos van a archichurrar esos locos!

Paseaba nerviosamente de un lado para otro. Por sus ojillos grises pasaban huracanes más temibles que los que arrastran gases asfixiantes.

Se sentó a su pequeña y rústica

mesa y trazó unas líneas en un papel.

Obraba a impulso de una de sus rápidas determinaciones.

Dió un grito y de un rincón del refugio salió prestamente un hermoso perro.

—También tú has de jugarle la vida, Tom—dijo mientras le ataba el papel al collar.

Y añadió arrastrándolo a la puerta del refugio:

—Ve en aquella dirección. Siempre en aquella dirección.

El perro le miró la mano y partió velozmente.

Pero pasaron varias horas y no regresaba.

Y los obuses continuaban lloviendo y sembrando la muerte.

El frío y el sueño rendían a los soldados que esperaban órdenes en las trincheras cuando oyeron la voz del teniente Fichser.

—Un voluntario para llevar un parte al Estado Mayor.

Uno de los soldados se destacó como una sombra del grupo más próximo y penetró en el refugio.

Era el Estudiante.

El teniente Fischer disimuló un gesto de contrariedad.

Hubiera preferido que se presentara otro. Otto, Carlos, el Estudiante y Fischer habían sido cuatro camaradas antes de la guerra. Ahora estaban un poco separados por las insignias que ostentaba el teniente, pero, en el fondo, seguían unidos por el mismo afecto.

Llevar el parte equivalía a jugarse la vida con ochenta probabilidades contra veinte de perderla.

Pero el teniente Fischer era ante todo un militar, fiel a su cargo y a su bandera y contestó:

—Perfectamente.

De nuevo trazó unas líneas en un papel y entregó el parte al Estudiante.

Al salir éste se encontró con Otto.

—¿Dónde vas?

—A llevar el parte.

—Pero ¿te has vuelto loco?

—Alguien lo ha de llevar.

—¡Ya, ya! Sé muy bien por qué quieres llevar el parte. A dos pasos está la aldea, y en ella, Jac-

queline. ¡Malditas sean las medias!

El Estudiante corrió a lo largo de la trinchera y después a través del campo.

Cuando oía el silbido de una granada se arrojaba al suelo de bruces. La luna iluminaba con resplandor fantástico la desolada campiña y aquí y allá se veían surgir de pronto, simultáneamente con los estallidos de las granadas, palmeras de tierra, sombrías fuentes cuya actividad duraba sólo un instante.

A veces, le cortaba el paso una alambrada, y otras caía en el hoyo abierto por un obús.

Pero él continuaba tenazmente su camino. La idea de volver a ver a Jacqueline obraba sobre él a modo de estimulante.

De pronto, rodó a una de las cónicas oquedades que llenaban la oscura extensión, y sus manos tropezaron con un bulto.

Era Tom, el fiel ordenanza de Fischer. Estaba bañado en sangre; no se movía, no respiraba siquiera.

Por un momento le dominó la aprensión de correr la misma suerte.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

te que el perro amigo, pero el recuerdo de Jacqueline ardió en su ayuda y volvió a salir corriendo a través de aquel campo muerto, donde, al surgía algún árbol, era para mostrar su tronco partido y astillado bajo la claridad indecisa de la luna.



No sabía el tiempo que llevaba avanzando, ahora arrastrándose y después dando una rápida y desenfrenada carrera, cayendo o arrojándose al suelo, cuando divisó las débiles luces de la aldea.

Poco antes, estaban las trincheras del Estado Mayor, mejor dicho, el cuartel de los jefes de la fuerza, pues aquellos refugios tenían todos los honores de la edificación.

La fachada era de piedra y las paredes interiores estaban reforzadas con este mismo material. Más que refugio, parecía el sótano de un palacio.

Al estudiante se le doblaban ya las piernas y a la fatiga se sumaba el hambre y la sed. Más que un soldado parecía un monigote

arrastrado por un hilo. Ya no le preocupaban las granadas. Andaba o se arrastraba maquinalmente, con un residuo del anterior anhelo de llegar cuanto antes al cuartel del Estado Mayor, para dirigirse en seguida a la aldea.

Debía de estar amaneciendo porque en Oriente se veían claridades lechosas y difusas. Pero a él no le importaba la hora que pudiera ser. Había perdido la noción del tiempo y si conservaba la del lugar era porque se dirigía al encuentro de Jacqueline.

Cayó en la zanja. Aquella debía de ser la que conducía a la entrada del gran refugio. Signió avanzando y, en efecto, llegó al marco de piedra de la entrada.

En aquel preciso momento, el

general pedía al cocinero algunos alimentos para reponer las fuerzas perdidas durante la noche pasada en vela, y esta escena fué interrumpida por la aparición del Estudiante.

Fue una aparición algo extraña, pues entró por la puerta de cabeza y se quedó de brucea en el suelo.

El ayudante del general pidió al cocinero un vaso de agua y se lo hizo beber al caído.

Esto le reanimó.

Buscó el Estudiante el parte en el bolsillo interior de la guerrera y lo entregó al mismo tiempo que balbuceaba:

—Para el general.

El general preguntó:

—¿Ea del teniente Fichser?

—Sí, mi general.

—Entonces no es necesario que lo lea. Acabo de comunicar con él por teléfono. Puede usted retirarse.

El Estudiante salió del refugio. No comprendía bien lo que había ocurrido ni le importaba gran cosa. Si el teniente Fichser podía comunicar por teléfono, ¿a santo de

qué le tuvo a él danzando toda la noche?

En fin, fuera como fuere, el caso era que iba a ver a Jacqueline.

Echó a andar a lo largo de la trinchera, pero entonces se dió cuenta de que le sería muy difícil llegar. Las piernas se negaban a sostenerle. Sin embargo, no sentía malestar ninguno. Por el contrario, una debilidad muy dulce, muy dulce... Si se hubiera dejado caer allí, se habría dormido placenteramente.

Estas reflexiones pasaban vagamente por su pensamiento, cuando notó que le tocaban en un hombro. Al volverse, reconoció uno de los rostros que había visto al recobrase de su desvanecimiento.

Era el cocinero, el único que se había conmovido ante el estado del Estudiante y más aun cuando se enteró por las palabras del general, de que su sacrificio había sido inútil.

—¡Hola, camarada! — exclamó el Estudiante con voz débil y alegre.

El cocinero se llevó un dedo a los labios y miró misteriosamente

a un lado y a otro. Después condujo al Estudiante a un recodo de la trinchera y allí le ofreció algo que llevaba oculto detrás de la espalda: un plato con un trozo de pollo y una considerable cantidad de patatas.

—Cómete esto. Es lo que necesitas si quieres regresar. De otro modo te morirás de hambre por el camino.

El Estudiante abrió los ojos

hasta que casi adquirieron el tamaño del plato. Realmente, tenía un hambre atroz.

Se apoderó del plato y, mientras el cocinero vigilaba, comenzó a devorar el contenido.

Los efectos fueron casi instantáneos. En cuanto el estómago recibió lo que a mordiscos estaba pidiendo, le dejó tranquilo y ya las piernas no se negaron a obedecerle.

¡Oh, la alegría de Jacqueline cuando oyó golpear los cristales de la ventana y vió a través de ellos el rostro del amado!

Ni siquiera se dió cuenta de que ofrecía al Estudiante un cuadro demasiado íntimo al saltar del lecho. La cegaba el repentino júbilo. Se vistió rápidamente y corrió a abrir la puerta.

—¿Para siempre?—le preguntó.

—No, Jacqueline. Sólo he venido a verte. He de marcharme en seguida. Ya debía de estar de regreso. Si el teniente Fichser se enterara...

—El teniente es amigo tuyo.

—Por eso precisamente es más riguroso. A buen seguro que dentro de una hora, al ver que no he

regresado todavía, dará orden de que se me busque.

Jacqueline se abrazó desesperadamente a su cuello.

—No quiero que te vayas... no quiero que te vayas... Desde ayer no he cesado de llorar... ¡Yo no puedo vivir lejos de ti! ¡Yo me moriré si esto dura mucho!...

—No puede ser, no puede ser—repetía el Estudiante tristemente— ¡Maldita guerra! ¡Maldita guerra!...

Pero al comprender que adoptando aquella desesperada actitud no conseguía sino apenar más a Jacqueline, comenzó a plantarle un porvenir risueño y cercano en que los dos se unirían para siempre. Dios lo quería así. La guerra era una locura pasajera, demasiado

cruel para que pudiera prolongarse mucho. A lo mejor cuando llegara a su puesto recibía la noticia de que se estaba preparando el armisticio. Aquello no podía continuar a menos que Francia, Alemania e Inglaterra quisieran caer en una espantosa ruina y quedarse sin un sólo hombre para muestra.

Todo lo que Jacqueline consiguió fué que permaneciera en la granja hasta media mañana y todo ese tiempo lo pasó hablando con ella y haciendo bellos planes para el porvenir.

Otros soldados se hospedaban ahora en casa de Jacqueline y todos envidiaron sinceramente al Estudiante y gastaron a la pareja bromas de buen género.

—Pronto entraremos nosotros en el fregado—dijo uno que se estaba limpiando la escopeta sentado en un pico de la mesa—. Pero no todos podremos tener como tú una ilusión que nos sirva de estímulo.

—Tendremos la ilusión de triunfar y de servir a la patria—repuso otro que se estaba afeitando ante un trozo de espejo.

—¿Quieres callarte? Esas frases de relumbrón ya han pasado de moda. Eso está bien para cuando se luce el uniforme en la ciudad los domingos por la tarde. Cuando está uno metido en el barro de las trincheras hasta los pies y ha matado a cuchillada limpia a hombres que son tan personas y tienen tanto derecho a la vida como él, entonces sólo se piensa en que la guerra concluya cuanto antes y de una vez para siempre. Yo quiero mucho a mi patria. No menos que tú que tanto presumes de patriotismo, pero te digo que desde que estoy en el frente, todas las naciones me parecen un poco mi patria.

De pronto golpearon la puerta.

—Es uno de la vigilancia—dijo un soldado que le había visto a través de los cristales de la ventana.

—¡Viene por mí!—exclamó entonces el Estudiante—. En las trincheras extrañan mi tardanza.

El que estaba limpiando el fusil se llevó un dedo a los labios instándole a que callara y fué a abrir la puerta.

—¡Hola, camarada!

—¿Hay aquí algún soldado que no sea de nuestro batallón?

—No. Aquí sólo estamos los que tú sabes.

—Se reclama a un enviado del teniente Fichser.

—Pues aquí no hay nadie.

Al cerrar la puerta, el Estudiante le preguntó:

—¿Hacia dónde se ha ido?

—Hacia el cuartel. De modo que ya sabes lo que te toca. Marcharte por el lado contrario. Después le cuentas al teniente que te han salido cuarenta hombres al paso y has tenido que matarlos a

todos antes de poder continuar tu camino.

—¡No quiero! ¡No quiero que te vayas!—volvió a implorar Jacqueline.

—¡Bah! ¡Bah! Volveré pronto. No puedo consentir que mis compañeros ganen solos la guerra.

Abrió la puerta y asomó la cabeza antes de salir, para convencerse de que el soldado de vigilancia se había alejado; y después se marchó, dando un alegre adiós a sus compañeros y entornando la puerta para besar por última vez a Jacqueline sin que sus amigos le vieran.

VI

Poco antes de llegar a las trincheras se dió de manos a boca con Carlos.

—Pero ¿dónde vas?

—¿Cómo has tardado tanto?— preguntó Carlos a su vez.

—He estado con Jacqueline toda la mañana.

—Razón tenía Otto... Pues nos has hecho pasar un mal rato.

—Peor lo he pasado yo. Si no llego a tropezarme con un cocinero de corazón, no habría vuelto ahora ni nunca.

—Fichser se tiraba de los pelos después de haberte mandado. Resulta que la línea telefónica del Estado Mayor no está cortada.

Al ver que lo estaban todas las demás, creyó que esa tampoco funcionaría, y cuando desesperado al ver que el fuego de nuestra propia artillería no cesaba, sonó el timbre del teléfono y se encontró con que le llamaban del cuartel. Otto quería ir a buscarte para darte una paliza.

—Después le daré un par de mojicones por meterse donde no le llaman. Pero, dime: ¿adónde vas?

—Fichser me ha dado permiso y me voy a casa a pasar veinticuatro horas con mi mujer.

—¿Que Fichser te ha dado permiso? Eso es asombroso.

—No me lo quería conceder, pero yo le he dicho que si no me permitía ver de nuevo a mi mujer antes de que una bala pudiera matarme, no volviera a acordarse de mi amistad cuando acabara la guerra.

—¿Y entonces...?

—Me dió el permiso, una copa de vino y dinero...

—¡Vaya, hombre! Te felicito. Supongo que le llevarás muchas cosas a tu mujer...

—Todo lo que tengo me lo voy a gastar con ella en cuanto llegue a Bruselas.

—Pues dale recuerdos míos y que lo pases muy bien.

Se abrazaron.

El Estudiante estuvo un momento viendo cómo se alejaba con paso que denotaba su alegría y se sintió contagiado de ella.

Echó a correr hacia la trinchera y se presentó ante el teniente Fitcher.

Este le reprochó la tardanza y le pidió explicaciones. Pero el Estudiante llevaba muy bien aprendida la lección y explicó sucesos

y contrariedades que justificaban sobradamente lo ocurrido.

Después fué al refugio de Otto a visitarle y lo encontró cantando mientras un compañero tocaba la armónica. De vez en cuando, Otto se detenía para buscar algo de varias patas en las mangas de su guerrera, algo que por cierto encontraba con bastante facilidad y que debía de ser muy numeroso ya que, apenas puesto uno de esos minúsculos monstruos fuera de combate, comenzaba la busca de otro. Se llevó una gran alegría al verle y por un momento quedó el concierto suspendido.

—¡Hola, bandido! ¿Son horas éstas de volver a casa?

—Ya me ha dicho Carlos que me esperabas para ajustarme las cuentas.

—Nada de cuentas. Lo que te mereces que te ajusten es una cuerda alrededor del cuello.

—Me parece un poco exagerada la pena.

—La pena es que haya hombres tan idiotas en el mundo. Pues ¿y Carlos? Otro que tal. Ahora que se le ofrece la ocasión de estar le-

jos de su mujer, cosa que la mayoría de los maridos sensatos están deseando, se le ocurre ir a visitarla...

—Bueno, que continúe el concierto.

Al mismo tiempo que Otto se sentaba y el Estudiante lo hacía a su lado, se oyó el estallido de una granada en las proximidades de la trinchera.

—¿Qué te parece? —continuó Otto—. Nos han oído hablar de concierto y ya ha sonado el bombo.

—Pues parece que esto está ahora bastante tranquilo.

—Demasiado. Ya sabes cómo terminan estas tranquilidades. Es

como el boxeador que pasa un round sin pegar, sólo esquivando, para darte en el asalto siguiente el golpe de gracia.

Apenas hubo pronunciado estas palabras lanzó un ¡ay! y cuando el Estudiante y el músico creyeron que le había alcanzado el cuscote de alguna granada, vieron que se ponía a buscar afanosamente entre los pliegues de su puños y sacaba, ya con cara de satisfacción, una cosita negra y redonda que aplastó entre las uñas produciendo un ruido semejante al que hacía al cargar el fusil.

Inmediatamente después comenzó el concierto y el día acabó de pasar alegremente para el Estudiante y sus amigos.

Tampoco les molestaron durante la noche ni a la mañana siguiente, pero cuando comenzaba a declinar el día, los soldados del teniente Fichser recibieron una desagradable sorpresa.

Una de aquellos puñalitos de héroes que con tanta facilidad se forman en el campo enemigo desde que se vieran precisados a retroceder hasta casi París, se presentó cuando menos lo esperaban y por pronto que dieron la voz de alarma ya habían enviado una docena de bombas de mano contra la trinchera.

Un soldado que departía con el Estudiante y con Otto cayó muerto y ello produjo en sus amigos un efecto instantáneo. El Estu-

diente crispó los puños y salió de la trinchera sin cuidarse de que una segunda bomba pudiera alcanzarle a él. En aquel momento hubiera dado algunos años de vida para encontrarse frente a frente con el que había matado a su camarada.

Era lo de siempre. En los momentos de serenidad, de tregua en la lucha, veían lo inicuo de ir a matar a un hombre a tiros o a machetazos, fuera éste francés, alemán o chino. Todo el que tenía conciencia no podía menos de ver un acto un poco criminal en el hecho de mancharse las manos con la sangre de un semejante. Pero llegaba el momento de la lucha y al ver caer a un compañero, la conciencia quedaba velada por la

indignación y entonces sólo se des-
caba matar.

Así, con estos sanguinarios pro-
pósitos salió el Estudiante del re-
fugio.

Chocó una bala en la punta de
su casco y se agachó para deslizar-
se a gatas por la trinchera hasta
que dio con un punto de observa-
ción que le permitió averiguar la
procedencia del disparo.

Vió que salía el cañón de un fu-
sil de uno de los hoyos abiertos
por las granadas y siguió avan-
zando hasta el final de la zanja.
Vió que allí había un montón de
bombas de mano y cogió una. No
necesitaba más. Arrastrándose sa-
lió de la trinchera y dio un rodeo
hasta ver por la espalda al enemi-
go que había estado a punto de
abrirle la cabeza de un balazo.

No lanzaría la bomba hasta que
estuviera seguro de que no había
de errar el tiro.

Se incorporó, midió bien la dis-
tancia, echó el brazo atrás y...

Algo que lo mismo podía ser
un hombre que un tigre saltó de

súbito a sus espaldas y los dos ro-
daron por el suelo.

Milagrosamente no se había
disparado la bomba y el Estudian-
te pudo ver que no se trataba de
una fiera sino de un hombre como
él que salía en defensa de sus com-
pañeros.

Se entabló una lucha feroz y en-
carnizada. A los dos les cegaba la
furia del combate. Los dos pare-
cian fieras en vez de hombres.

Rodaron por el suelo buscándose
mutuamente la garganta y de
pronto advirtieron que caían a una
de aquellas cónicas oquedades que
tanto abundaban en aquellos alre-
dedores.

Pero en el fondo de aquel em-
budo había agua, un agua podrida
y fangosa en la que quedó sumer-
gida la cabeza del Estudiante.

El momento fue muy bien apro-
vechado por su rival, el cual pudo
echarle las manos al cuello y apre-
tar, apretar, hasta que aquel cuer-
po cuyo rostro desaparecía bajo
una capa de barro y agua podrida,
cesó en sus agónicas convulsiones.

VII

Ante la panadería había una larga cola, vigilada por un agente de la autoridad.

La mujer que estaba delante vió de pronto que ante ella se colocaba otra persona. Era una pobre vieja que lloraba desconsoladamente.

—Haga el favor de ponerse a la cola, señora.

—¡Oh, déjeme usted que compre pan! Se me ha muerto mi hijo. Lo han matado en la guerra.

—También al mío lo mataron. Además, llevo aquí desde las cuatro de la mañana, fíjese usted bien, seis horas de plantón, y no

voy a permitir que ahora me quite usted el sitio.

La anciana se fué a la cola gimiendo.

La que estaba delante comentó con la que la seguía:

—Llevo dos días quedándome sin pan y hoy hemos de comer si no queremos morirnos toda la familia.

—Digamelo usted a mí, que antes de venir a la misma hora que usted para coger sitio, he tenido que buscar al que me diera el dinero para comprar el pan.

—Sí, es muy triste. Pero hoy el dinero vale muy poco. Por mucho

que tenga uno, pasa hambre como un pedigüño.

—¡Es un horror! ¿Cuándo acabará esto, Dios mío?

—Se harán viejos los pobres matándose unos a otros y sin poder dar a sus familias lo que necesitan para vivir. Y si no se hacen viejos, los matan y la familia se muere de hambre.

Las señoras que ocupaban los lugares tercero y cuarto dialogaban también, cuando una dijo a la otra señalando a un soldado que

acababa de cruzar la calle en dirección a un portal abierto:

—Mire usted. Cualquiera diría que es su hijo Carlos.

La otra señora lanzó una exclamación de alegría:

—¡Como que es! ¡Vaya si es mi hijo!

El primer impulso fué el de echar a correr, pero lo pensó mejor y se contentó con mirarle de lejos hasta que desapareció en el zaguán. No era cosa de perder el sitio después de haber estado allí durante cinco horas.

...

Mientras subía la escalera, Carlos pensaba con anticipado regocijo en la alegría que iba a darle a su mujer.

Abrió cuidadosamente la puerta para no hacer ruido. En el comedor no había nadie. Estaría durmiendo todavía. Recordaba que éste fué el único defecto que pudo reprocharle durante su larga vida de casados.

Dejó el fusil apoyado en una silla y se acercó de puntillas al cuarto. Abrió la puerta poco a poco, asomó cuidadosamente la cabeza...

Lo que vió entonces le dejó estupefacto.

Su mujer estaba despierta y

sentada en la cama, pero con las ropas levantadas hasta el cuello. De pie al lado del lecho había un muchacho.

Los dos dieron muestras de asombro y terror al verle, pero especialmente el joven, el cual no se atrevía a hacer el menor movimiento, como no fuera los que el temblor le obligaba a hacer.

Instantáneamente pasaron por la mente de Carlos un cúmulo de ideas abrumadoras. ¿Para eso había venido? ¿Era así como su esposa pensaba en él y respetaba sus sufrimientos en la guerra? ¿Merecía aquella mujer que él hubiera deseado vivir sólo por verla?

No pronunció una sola palabra. Los miró a los dos largamente.

Después dió media vuelta y salió de la habitación con lentitud.

Oyó un ruido de pronto y vió el fusil cruzado ante sus pies. Había caído. Había él tropezado.

Lo contempló estúpidamente y mientras lo miraba fué naciendo en su mente una idea, una idea confusa y extraña.

Se inclinó, recogió el arma y volvió con ella al dormitorio.

Su esposa seguía cubriéndose pudorosamente el cuerpo con las ropas de la cama. El jovenzuelo seguía temblando.

Al ver el arma, el muchacho imploró:

—¿Señor, no dispare! No hacemos nada malo... Yo soy el chico del carnicero. He venido a traerle carne a esta señora.

—¡No me importa quién puedas ser!

Y con loca ferocidad, añadió dirigiéndose a su aterrada esposa:

—¡Y tú! ¿Qué haces ahí tan

tapada? ¿Crees que vas a convencerme de que estabas así antes de ver que la puerta se abría?

—Te juro...

—¡Silencio!... Y suelta esas ropas... ¡Suelta o disparo!

El mismo terror le hizo aflojar las manos y el embozo cayó dejando al descubierto su pecho velado tan sólo por sencilla camisa de dormir.

—¡Eso es! ¡No quiero engaños! ¡Eso sería una burla y no consiento que nadie se burle de mí!

Se encaró con el jovenzuelo.

—Y tú vete ya. ¡Vete en seguida!

El muchacho obedeció inmediatamente. No deseaba otra cosa.

Entonces se tropezaron los ojos de Carlos con unos trozos de carne que había sobre el velador.

Los cogió y se los arrojó al carnicero cuando éste ganaba la escalera.



La madre de Carlos quedó muy sorprendida al verle como abrumado por una gran desgracia cuando todo debía ser en él alegría al volverse a ver al lado de su esposa.

Respondió a sus besos sin entusiasmo ninguno y entonces la anciana le preguntó:

—¿Qué sucede, hijo mío?

—Nada —repuso Carlos sonriendo sarcásticamente—. Mi mujer me ha hecho un obsequio apenas he llegado. Más me valiera haberme quedado en las trincheras.

Mientras él se lavaba, la anciana entró en el cuarto donde su nuera terminaba de vestirse.

Estaba llorando.

—¿También tú? Pero hablad de una vez. ¿Qué sucede?

Ella se lo explicó.

La había sorprendido flirteando con el muchacho de la carnicería. El pensaría que estaban haciendo algo peor, pero no se le ocurriría pensar que de algún modo tenía ella que defenderse viviendo sola en una gran ciudad donde reinaban el hambre y la miseria.

—Ellos no saben que la vida aquí es tan dura como en las trincheras. Ellos no saben que sus solitarias y abandonadas esposas se mueren de hambre. ¿Qué quiere usted que haga yo si no tengo pan ni de dónde sacarlo? Ellos piensan: "Mi pobrecita mujer estará deseando verme", pero no se les

ocurre pensar: "A mi pobrequita mujer no le doy un céntimo para que coma, no la ayudo en su lucha con la miseria." Yo ya no podía más. Hace dos días que no ha entrado nada en mi cuerpo. He resuelto seguir la corriente a ese infeliz muchacho. Sólo así comería... Eso es todo...

Entró en el cuarto donde Carlos terminaba de arreglarse y él salió. Una extraña serenidad se había apoderado del soldado.

—Vamos, vamos a almorzar—dijo—. He traído algunas cosas.

Se sentaron los tres a la mesa, pero la desdichada esposa no pudo probar bocado. La angustia superaba al hambre. Carlos habló de sus amigos en las trincheras y en el tono de su voz parecía dejar entrever que estaba deseando regresar para reunirse nuevamente con ellos. Dió toda clase de detalles de Otto, del Estudiante, del teniente Richser.

Pero al hablar sólo miraba a su madre. Ni siquiera una sola vez volvió los ojos hacia la esposa.

Tuvo que levantarse. Se fué a

su cuarto a llorar a solas con su infortunio.

El, con forzada indiferencia, continuó hablando con su madre de la vida en el frente. Pero su madre le interrumpió:

—Sólo piensas en tu vida, Carlos, en tus dolores y en tus luchas...

—¿Pretendes justificarla?

—Sí. Está sola. Ella vivía, antes, de lo que tú le dabas. Ahora no le das nada. ¿Quieres que se deje morir de hambre?

—Yo no tengo la culpa de que se me lleven a las trincheras.

—Pero ella tampoco de que se lleven a su marido y la dejen sola en esta ciudad donde triunfan la miseria y el hambre. Llevaba dos días sin comer y ha cambiado un trozo de carne por una falsa sonrisa y algunas palabras más falsas aún. Ese es su pecado.

—Yo no puedo amar a una mujer que no me respeta. Comprendo que es una crueldad, pero lo siento así.

—Es una víctima.

—Yo no tengo la culpa.

—La culpa no la tiene nadie.
Sólo la guerra.

—Yo admito de la guerra la muerte, pero no la burla de mi mujer.

No insistió la madre. Comprendía que en aquel momento en que la herida estaba aún sangrando, no conseguiría nada. Prefirió dar algunas instrucciones a su nuera respecto de lo que debía hacer.

* * *

Y llegó la noche. Después de mucho tiempo de dormir en el duro suelo o en las literas de los refugios, se le ofrecía su blanda cama.

El, por el camino, había venido gozando anticipadamente de las delicias de aquella noche. Esperaba haber unido el placer de abrazar a la mujer amada, al de reposar en un blando cojchón. Ni una cosa ni otra había tenido durante mucho tiempo...

Pero ahora, al entrar en la habitación, hubiera preferido hallarse en las trincheras, no en una habitación donde flotaba el ligero

aroma de un cuerpo de mujer, sino en el fétido refugio donde se confundían todos los olores desagradables...

Se acostó, sin embargo... Y poco después oyó cómo se desnudaba su mujer en la oscuridad. Crujió el lecho después... Pasó un momento y notó que una mano acariciaba la suya.

Pero él la retiró poco a poco, poseído de una invencible repugnancia.

Y en la sombra se oyó un sollozo de la que buscaba el perdón y encontraba el desdén.

VIII

El se levantó muy temprano. Lo encontró ella en el comedor arreglándose la mochila. En el rostro de la infeliz se acusaban bien claramente las huellas de una noche de sufrimiento.

Ella le preguntó:

—¿Es que te marchas ya?

—Sí. He de estar en seguida en mi puesto.

Ella ya no pudo contenerse.

—¿Por Dios, Carlos! No te vayas así.

—Son muy rucanos para conceder permisos... Haz el favor de darme esos pañuelos que están sobre la mesa.

Los cogió la infortunada y al entregárselo, dijo:

—¿Perdón, Carlos! Comprendo que he obrado mal. Debí morirme antes que comprar así el alimento.

Pero Carlos rehuyó la mirada de la esposa para guardar los pañuelos en la mochila.

—Haz el favor de abrocharme el correaje.

Y después.

—Venga mi casco... ¡Ea! Adiós...

Le dió unos golpecitos en la espalda y se dirigió a la puerta.

Ella le retuvo, cogiéndole por un brazo.

—¡Carlos, Carlos! ¡Ten piedad de mí!...

—¡Vamos, vamos! Tengo el tiempo justo...

Se desprendió de aquellas manos crispadas por el dolor y desapareció por la puerta de la escalera.

Mientras la bajaba no levantó la vista. Pero aun sin hacerlo comprendió que su esposa le veía mar-

char y lloraba, pues desde lo alto de la escalera llegaron a sus oídos unos sollozos desgarrados, tan amargos y angustiosos como los ayes de muerte que tantas veces había oído en las trincheras.

Y mientras salía a la calle pensaba:

—¡Malísima guerra! Ha destruido un hogar, este hogar y este amor que tantas veces he añorado en las trincheras.

• • •

Al regresar encontró el frente sumido en una calma chicha.

El teniente Richser se alegró mucho de volverle a ver:

—Supongo que este permiso no habrá entibiado el heroísmo de mi bravo soldado.

—Al contrario, mi teniente. Lo ha encendido.

La alegría de Otto fué aún mayor. Pero quedó perplejo cuando oyó que Carlos le preguntaba:

—¿Dónde está el Estudiante?

Por la expresión que adquirió el semblante de Otto comprendió Carlos lo que sucedía.

—¿Muerto?

—Sí.

Un gesto de infinita amargura se dibujó en el rostro de Carlos.

—A veces—murmuró—es preferible morir.

Otto le miró sobresaltado.

—¿Qué te ha pasado en la ciudad? ¿Acaso tu mujer?...

—No, no. Se encuentra perfectamente. No me ha sucedido nada desagradable. Sólo esto: ¿Te parece poco?

Y bajo una sonrisa de amargura dedicada a la muerte del amigo, ocultaba otras amarguras acaso mayores.

* * *

Demasiado venía durando aquella calma chicha.

El teniente Richser no cesaba de comunicar con el Alto Mando. ¿Qué se preparaba?

Un día, al amanecer, se reanudaron los mensajes del enemigo, y entonces el teniente Richser descolgó el transmisor del teléfono y dió la noticia al Estado Mayor.

El ayudante del general repuso:

—De todo el frente se reciben las mismas noticias. Es que ha comenzado la ofensiva general. Acuérdesse y haga recordar a sus soldados que han jurado defenderse hasta perder la última gota de sangre.

En efecto, poco a poco, los obuses fueron llegando con más con-

tinuidad y unas horas después, los vigías de los globos cautivos anunciaban que el enemigo, formando una arrolladora masa protegida por tanques y aeroplanos, había aparecido en el horizonte.

De pronto, los soldados que esperaban órdenes en las trincheras, vieron asomar el rostro del teniente Fichser por la puertecilla del refugio.

—¡Listos para el ataque!—gritó.

E inmediatamente se produjo una gran agitación en las trincheras.

Los soldados corrían a sus refugios para aprovisionarse. Se abrochaban el correa y repasaban el fusil. Amontonaban las bombas de mano...

—Esto me huele muy mal—dijo Otto—. Por la cara del teniente deduzco que aquí no va a quedar ni una rata.

La voz del oficial volvió a oírse desde la puerta del refugio.

—¡Cuatro voluntarios para emplazar una ametralladora en un punto estratégico! ¡Cuatro hombres que no amen demasiado la vida!

—¡Uno! — dijo un soldado abriéndose paso entre los compañeros.

Al ver que era Carlos, Otto se llevó las manos a la cabeza.

—¡Nada, que este hombre se me ha vuelto loco durante el viaje!

—¿Usted?—le preguntó el oficial.

—Sí, mi teniente.

—¿Sabe usted a lo que se expone?

—Creo que todos estamos en la misma exposición si ha empezado la ofensiva general.

—En efecto, ha empezado... ¡A ver! ¡Otros tres!

—¡Dos!—dijo Otto avanzando.

—¡Tres!

—¡Cuatro!

—Perfectamente. Vayan al arsenal por una ametralladora y sitúenla a quinientos metros de aquí, hacia la vanguardia.

Y mientras iban en busca de la ametralladora, Carlos dijo a Otto rodeándole los hombros con un brazo:

—Ya sabía yo que me acompañarías.

—Como comprenderás, no iba a dejarte solo con tu chilladura.

* * *

Fue realmente algo que no tenía precedentes en los anales de la guerra. Los aliados habían acumulado y aunado las fuerzas para desplegarlas en aquel momento decisivo.

Un nutrido fuego de artillería a la retaguardia. Delante, en primera fila, una larga hilera de tanques. Arriba los aviones.

El ruido de los motores se sumaba al que producían los tanques arrollando y aplastando todo cuanto hallaban en su camino, y este estruendo venía acompañado del rumor de los millares y millares de pies que avanzaban hacia la victoria.

El punto estratégico en que los

cuatro héroes se habían situado les permitió dejar pasar los tanques y disparar sobre los hombres. Nadie les había visto ni nadie esperaba que de pronto surgiera en el camino del ejército la lluvia de fuego de una ametralladora.

Carlos la manejó con pulso seguro y firme y excelente puntería. Hizo girar a la mortífera boca y los proyectiles formaron un abanico que barrió a una fila entera de soldados. Surgió otra después y otra vez el pulso y la furia loca de Carlos dejaron de ella tan sólo media docena de hombres que avanzaron arrastrándose y arrojando bombas de mano.

Pero de éstos se cuidaba Otto,

que se había contagiado de la monstruosa sed de sangre y de muerte que animaba a su amigo.

Los otros dos se cuidaban de preparar los proyectiles y de hacer la carga, con objeto de que la ametralladora no cesara de funcionar.

Pero eran ya muchos los que se habían librado de las balas de la ametralladora, muchos los que se arrastraban felinamente hacia el punto donde estaba emplazada, muchos los que deseaban ardientemente vengar a sus compañeros.

Los hoyos que les rodeaban fueron todos tomados por el enemigo. Aunque la mano de Otto no cesaba de arrojar bombas con terrible acierto, el enemigo formaba ya un hormiguero humano a su alrededor y sólo teniendo cien brazos hubiera sido posible evitar que los sitiaran.

Cayeron hasta veinte bombas de mano muy cerca de los cuatro héroes, pero, como si un poder misterioso les asistiera, ellos continuaban luchando sin presentar siquiera una rozadura.

Por fin, estalló una bomba y

Otto vió caer a sus pies a un compañero. Inmediatamente cayó el otro y, cuando extrañado miró en torno suyo, vió que muy cerca del hoyo a cosa de dos o tres metros, sobresalía la punta de un casco.

Alguien estaba oculto en aquella depresión del terreno tan cercana que no la había visto hasta entonces y ese alguien había sido el autor de la muerte de sus dos compañeros.

Se inclinó para coger una bomba y vió que se le habían concluido. Fué a decir a Carlos que volviera un momento la ametralladora hacia la cercana depresión, pero le vió demasiado ocupado con numerosas puntas de cascos que surgían aquí y allá.

Sin embargo, había que obrar rápidamente si no quería caer él y Carlos como habían caído sus dos compañeros.

Se llevó el cuchillo a la boca y, sujetándolo con los dientes, esperó a que la punta del casco desapareciera, lo cual sería prueba de que el enemigo estaría ocupado en cargar su fusil o en escoger la bomba para arrojarla.

C U A T R O D E I N F A N T E R I A

Precisamente ahora no se veía la punta del casco. Se preparó. Era cuestión de salir y saltar como un tigre sobre el enemigo. Había de ser todo muy rápido.

Y salió. Fué a saltar. Pero al-

guien se lo impidió dándole un balazo en la espalda que le hizo rodar a los pies de Carlos.

Y en este preciso momento, también a Carlos se le terminaban las municiones.

...

Habían pasado los ejércitos victoriosos, pero allí quedaban las pobres víctimas de la lucha.

Se habilitó para hospital una iglesia en ruinas, el edificio que hallaron más próximo, y allí, sin preocuparse de si eran de una nacionalidad o de otra, iban conduciendo a los heridos.

Si Carlos y Otto hubieran podido darse cuenta, habrían reconocido aquel pequeño templo cercano a la granja de Jacqueline. Esta había tenido que huir antes de que llegara la arrolladora ola enemiga. Ya no tenía motivo ninguno

para permanecer allí. Había muerto su anciano padre. Su casa estaba en ruinas. Ignoraba la suerte que había corrido el Estudiante y confiaba en que algún día se encontrarían. Daba lo mismo que fuera en un lugar que en otro.

Pero ni Carlos ni Otto podían saber nada de esto. Otto había muerto ya; Carlos estaba a punto de morir. En cuanto al teniente, un herido contaba de él un hecho impresionante. Cuando ya no quedaba un hombre a su alrededor, y él mismo fué abatido de un balazo, volvió a erguirse, levantó la mi-

rada, se llevó la mano a la sien saludando militarmente y comenzó a lanzar feroces gritos.

Y estos gritos no habían cesado aún. Se oían en el atrio de la pequeña iglesia, adonde le habían conducido para curarle. El teniente Fichser tenía una herida grave en el pecho y había perdido la razón.

Donde antes estuvo el Altar Mayor, estaba ahora la sala de operaciones, y ante ella guardaban turno los heridos graves.

Era un cuadro espantoso para aquellos infortunados ver salir a los que acababan de operar. Algunos, vueltos en sí de la acción del cloroformo, lanzaban gritos de desesperación al ver que habían perdido algún miembro o que se habían quedado ciegos para siempre.

Y llegó lo más espantoso. El cloroformo se terminó y se terminó el éter. Había que realizar las operaciones sin aplicar anestesia ninguna. Y como varios cirujanos trabajaban al mismo tiempo, hasta los heridos de fuera llegaba un

horrible concierto de alaridos humanos.

Alguien se acercó a Carlos para examinarle.

El oyó vagamente:

—Este es el que parece más grave.

Y otra voz murmuró:

—No tiene remedio. ¿Para qué hemos de hacerle sufrir?

A su lado había un francés. Se acercaron a él los médicos. Pero el herido hizo un leve gesto negativo con la cabeza.

—¿No quiere usted que lo operemos?

El herido volvió a negar.

Y los médicos debieron de verlo muy grave cuando pasaron a otro.

—¿Para qué?—pensó el francés vagamente—. Sé que voy a morir. ¿Acaso no me estoy muriendo ya?

Sus dedos tropezaron con los de Carlos.

—Este también se muere—pensó—. Es alemán. Le he visto la cara cuando me han puesto a su lado. Alemán... francés... ¿Qué importa!

Trabajosamente, enlazó aque-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

los dedos con los suyos y murmuró:

—Enemigos, no; amigos.

Y así de la mano, abandonaron

este mundo aquellas dos víctimas de la guerra, proclamando, de un modo conmovedor, la paz universal.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Berchará, 16. — Madrid: Ferraz, 21

Le interesa a usted,
lector, leer la verda-
dera novela de este
título, que ha servi-
do de base para la
película, editada por

EDITORIAL CÉNIT

M A D R I D

y cuyo precio es de
cinco pesetas.

Es una obra que no
debe faltar en ningun-
a biblioteca selecta.

*De venta en todas las
librerías, quioscos y
puestos de libros. / /*



La bellísima novela

Monsieur Sans-Gêne

por **Ramón Novarro** y **Dorothy Jordan**

Lujosa portada

Interesantes ilustraciones en el texto

¡Ediciones Bistagne publica siempre lo mejor entre lo mejor!



COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar. El coche número 13. — Sin familia. — Mare Nostrum. Nantás, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juventud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casanova. — Hotel Imperial. — La Ha Ramona. — Don Juan, el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne. — La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Trípoli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena. — Águilas triunfantes. — El Sargento Malacara. — El Capitán Sorrell. — El Jardín del Edén. — La Princesa mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Ballarina de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diablos. — ¡Río, payaso, río! — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética. — Un clérigo muchacho. — ¡Nostalgia! — La ruta de Singapur. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El despertar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor. — Cristina la Holandesa. — ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! — Sombras blancas. — La copia andaluza. — Los cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer ligera. — Vírgenes modernas. — El Pagano de Tahití. — Estrellas dichosas. — Esto es el cielo. — La senda del 98. — Espejismos. — Evangeline. — Orquídeas salvajes. — El caballero. — Egoísmo. — La Mascara del Diablo. — El pan nuestro de cada día. — Vieja hidalguía. — Posesión. — Tentación. — La pecadora. — El beso. — Ella se va a la guerra. — Los Hijos de Nadie. — El pescador de perlas. — Santa Isabel de Ceres. — Las dos huérfanas. — La Canción de la Estepa. — El precio de un beso. — La rapsodia del recuerdo. — Diebstahls. — Del mismo barro y Estrellados.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

- Puertas cerradas,** por Virginia Vell
Madre pecadora, por Irene Rich
Estrella simbólica, por George O'Brien y
Sue Carol
La losa del pasado, por Donald Kirk y
Helen Foster
La mujer de Satanás, por Merida Allen y
Jack Trevor
Jimmy, el misterioso, por William H. Murray y
Lela Hyams
Nueva mujer, nueva vida, por Pat O'Ma-
iley, Dorothy
Seabrook y Harry Murray
Amanecer, por Janet Gessner y George O'Brien
Tras la cortina, por Luis Moran y Warner
Baxter
Los misterios de Londres, por Anna Ste-
wart y Crispian
(La divina pastora) Hall
En la vieja Arizona, por Warner Baxter,
Dorothy Burgess y
Edmund Lowe
Honrarás a tu madre, por Mary Carr
Nobleza batutta, por Leo Alcaide
Su Majestad el Amor, por Harry Liedtke
Eula Gray, etc.
Amor siniestro, por Remé Adoré, Thomas
Haighan, etc.
Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y
Alice Terry
Ana contra el mundo, por Shirley Maean
Jack Mower
La hermana blanca, por Lillian Gish y Ro-
land Colman
De mujer a mujer, por Betty Compson y
Clara Brook
Mujeres frívolas por Norma La Mar y Ramón
Novarro
No me olvides por Boris Lore y Gerald Hughes
por John Gilbert y
El Caballero del Amor Eleanor Boardman
por Annen Benton, Orlan
Estrellas fugaces Abern y Donald Crisp
Tobillos de oro por Sue Carol y Jack Mac Hall
por George Lewis
En nombre de la amistad y A. de Sagrada
por Alice Terry y
El prisionero de Zenda Ramón Novarro.

GRAN ÉXITO de

La Novela Semanal Cinematográfica Moderna

Continuación de la más popular
de las novelas cinematográficas

PRESENTACIÓN SIN RIVAL

Precio: **25 céntimos**

CON POSTAL REGALO



Números publicados:

Amor audaz

Bandido por excelencia

Tenor y tenorio (extraordinario)



Vea usted la transformación operada en **Los Grandes Films** de La Novela Semanal Cinematográfica, cuyo título actual es

Los Grandes Films

Mudos y Sonoros

Simpático tamaño, mayor que antes

Diez grandes ilustraciones en el texto.

ASUNTOS SELECTOS

Números publicados:

El vals de moda - Siete caras

Inmortalidad - ¡Así es la vida!

**Redención - El halcón de los
aires**

Acaba de aparecer:

Tarakanowa

Esta semana:

Pepe Hillo

PORTADA A COLOR

Precio: **50 céntimos**

ÉXITO

sin precedente de la novísima publicación

NOVELA TEATRAL

(Obras de teatro noveladas)

Números publicados:

El proceso de Mary Dugan
(Bayard Weiller)

LA MADRE (Santiago Rusiñol)

La florista de la rambla (Alfonso Roure)

Shanghai (John Colton)

El alcalde de Zalamea
(Pedro Calderón de la Barca)

Don Juan Tenorio (José Zorrilla)

El crimen de Juan Anderson (Annie Wise)

Presentación esmerada

Ilustraciones en el texto

Precio: **30 céntimos**

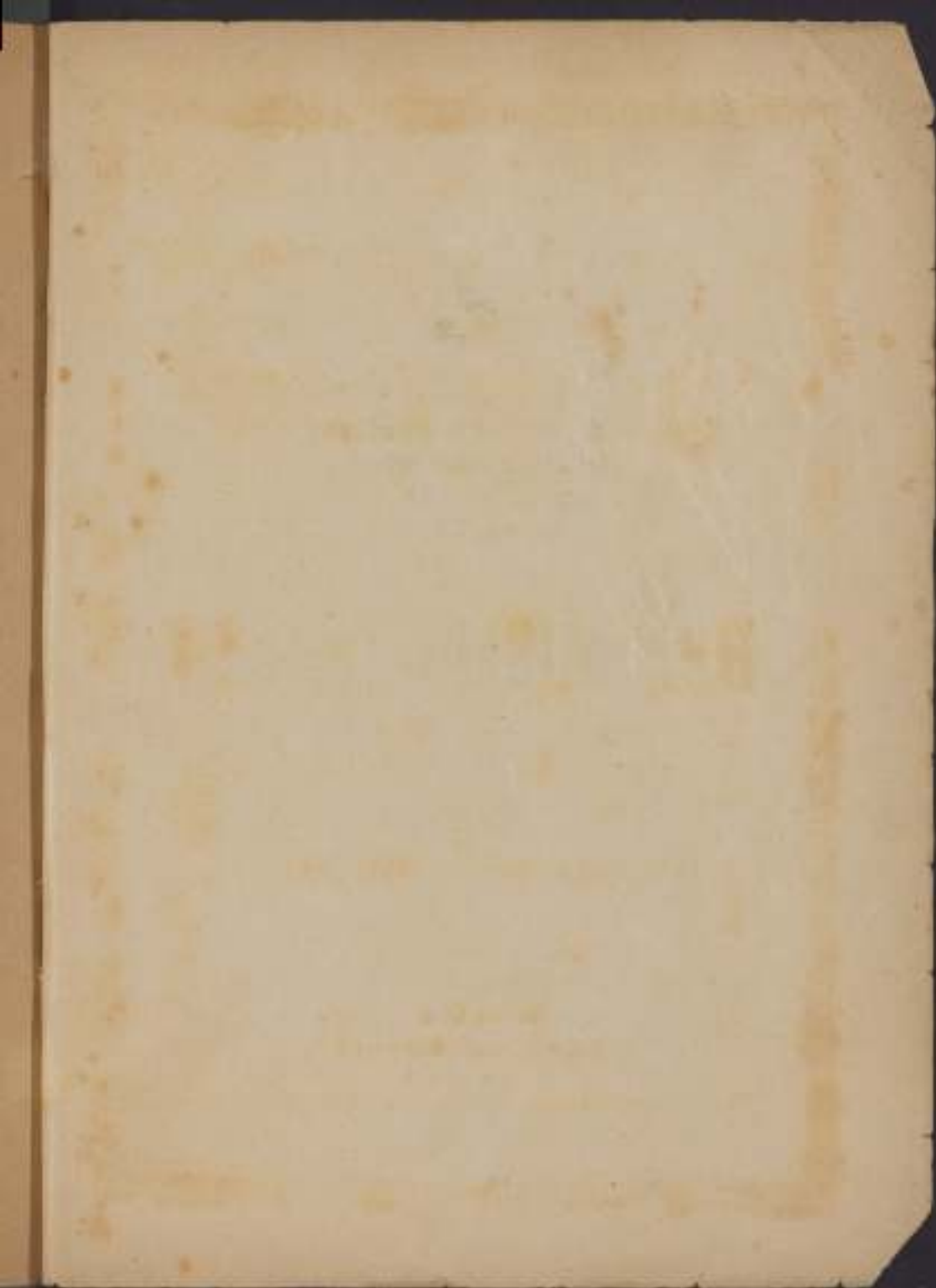


Ha adquirido usted ya
la sentimental novela,
número 101 de estas
Ediciones Especiales.

DEL MISMO BARRO



Agotada la primera edi-
ción, acaba de ponerse
a la venta la segunda.
No se quede sin leerla.
Le pesaría.



120 121
2870 L
L
L

EB

Precio: UNA peseta